

N U es un aniversario grato de recordar. Evoca una época hosca y dura, la del senador McCarthy amenazando con un puño frenético a las figuras liberales de su país, abriendo para ellos las puertas de las cárceles y del exilio, y dando al mundo la sensación de un peligro inminente; quizá creando por ello el verdadero peligro inminente. Dando al mundo una imagen fascizante de los Estados Unidos.

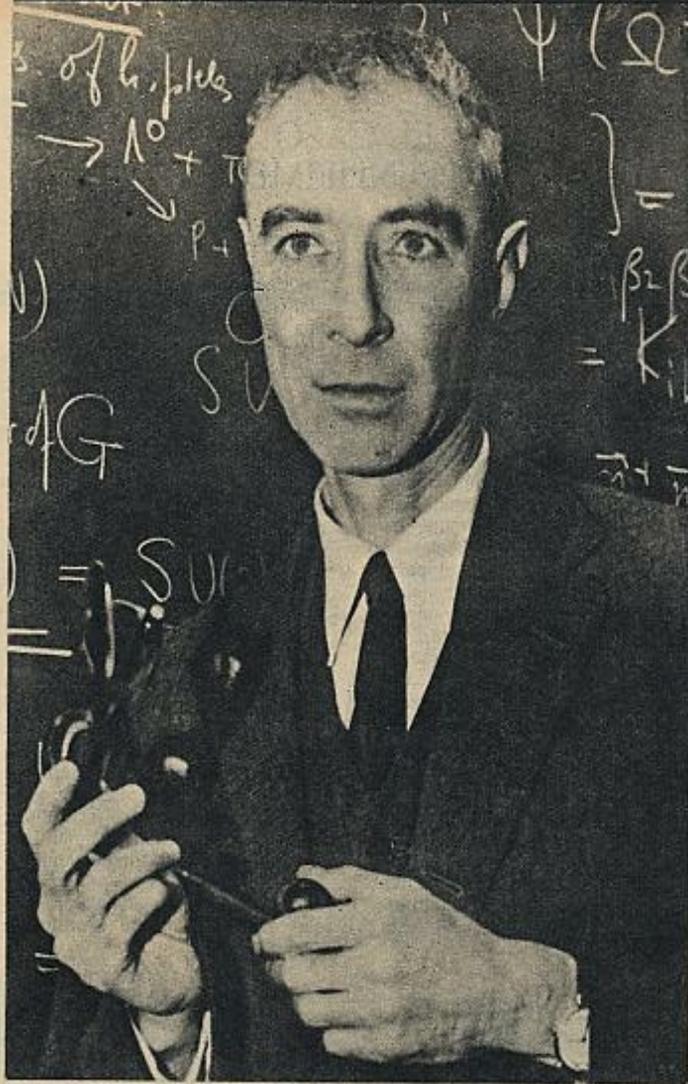
Para muchos que habían mantenido una fe en la democracia de los Estados Unidos y su esfuerzo rooseveltiano contra el nazismo y la autocracia, para muchos que creyeron que la victoria de 1945 significaba un cambio en los ideales del mundo, fue una grave decepción.

Han pasado veinte años, y ahora parece que el mundo va recuperando lentamente la posibilidad de aquellos ideales, y en la misma gran nación americana se realiza un esfuerzo inverso a aquél para depurar la administración del grupo de guerreros fríos, políticos de trampa, reflejos de autocracia. El miedo comienza a pasarse... Sin embargo, una cierta evocación es necesaria. Muchos de los elementos pasionales y fanáticos que hicieron posible lo que se llamó y se llama «el caso Oppenheimer» están en activo, y la inseguridad y la confusión con que el conjunto de las relaciones internacionales y los movimientos políticos en el interior de cada país se están desarrollando pueden crear situaciones regresivas, incluso muy regresivas.

El fuego sagrado

El profesor Oppenheimer fue llamado «el padre de la bomba atómica». Es una exageración. Esa bastarda no tiene padres conocidos, o tiene demasiados. Fue un último plan desesperado de la Alemania nazi, que no llegó a tiempo de construirla para cambiar el signo de la guerra; y sus vencedores, americanos y soviéticos, se llevaron consigo planes y sabios para que la desarrollaran. Un amplio grupo trabajó en los Estados Unidos; otro, en la URSS.

Los Estados Unidos llegaron los primeros en esta macabra carrera; llegaron justo a tiempo, antes de que la guerra en el Pacífico se acabase, para experimentarla en vivo en Hiroshima y Nagasaki, y para que esta arma que creyeron absoluta les diera una seguridad en sí mismos que cambió el curso de las relaciones internacionales. Es decir, para que se desgajaran de sus aliados soviéticos —en la coincidencia de la muerte de Roosevelt— y comenzaran la operación de contención del comunismo que se llamaba guerra fría. Paralelamente se desarrolló, por las vías de la propaganda directa y por la emergencia de sueños de una fundación nacional todavía reciente, un sentimiento mágico en los Estados Unidos: el de un país especialmente elegido por la providencia.



El 14 de mayo de 1954 —hace veinte años— un Tribunal especial de la Comisión de Energía Nuclear de los Estados Unidos, reunido en Washington, emitió una sentencia condenatoria contra el profesor Julius Robert Oppenheimer, separándole definitivamente de las investigaciones y arrojando contra él una sospecha de deslealtad, de protección al enemigo, de retraso en los planes de seguridad del país.

XX años después

EL CASO OPPENHEIMER

Juan Aldebarán

Pero, simultáneamente, los soviéticos estaban trabajando en la bomba. Y cuando se anunció su primera explosión atómica experimental, en los Estados Unidos se produjo un sentimiento de terror, por una parte, y de decepción, por otra. Se había ensalzado de tal manera el poderío absoluto de la bomba, que, al verla en manos que se habían hecho enemigas (y también se había exaltado específicamente el carácter de enemigo de la URSS) se perdió el sentido de la invulnerabilidad. Un curioso mecanismo de

magia nacionalista se puso en marcha: si la bomba era el signo de la providencia sobre su país elegido, los soviéticos sólo podían haberla conseguido robándosela a ellos. Como Prometeo robó el fuego sagrado; como Lucifer quiso desafiarse el poder de Dios.

Empieza la caza

La traición debía anidar en el mismo corazón de los Estados Unidos. Y los espías debían estar si-

tados muy arriba para poder robar un secreto tan grave. Se encontró un espía diplomático, Alger Hiss —Nixon fue entonces uno de sus primeros acusadores, y debió su notoriedad política a ello—; se produjo el lamentable caso de los esposos Rosenberg, acusados, con denados y ejecutados (TRIUNFO, número 598). El 9 de febrero de 1905, un senador de los Estados Unidos, Joseph McCarthy, pronunciaba unas palabras terribles: «Tengo en mis manos los nombres de doscientas cinco personas que el secretario de Estado conoce como militantes del partido comunista y que, sin embargo, siguen trabajando en el Departamento de Estado».

Era mentira. Cuando se le preguntó, redujo su cifra a 81, luego a 57 y finalmente dijo que de esos 57 sólo tres eran esenciales: obligado a pronunciar sus nombres, resultó que dos de ellos —Alger Hiss y Owen Lattimore— estaban ya condenados. Otro senador, Tyding, formó un comité para estudiar las acusaciones de McCarthy, y concluyó que se trataba «de un simple fraude»: Tyding fue acusado por McCarthy de comunista y prosoviético, perdió su escaño y desapareció para siempre de la vida política. Había comenzado la gran persecución, la «caza de brujas».

Oppenheimer, sabio atómico de primera importancia, había expresado sus dudas morales acerca de las bombas atómicas, y había rehuido su participación en la de hidrógeno. Era, por lo tanto, sospechoso.

Oppenheimer era un hombre de cincuenta años y fama científica mundial. Había sido niño prodigio. Hijo de emigrantes alemanes, su familia tenía una cierta tradición de Ciencias Naturales. A los once años, Oppenheimer era miembro de un club de Mineralogía en Nueva York. A los doce, dio su primera conferencia; a los veintuno, había terminado sus estudios en Harvard y vino a Europa a continuarlos (Cambridge, Leyden, Goettingen, Zurich). En 1929, cuando tenía veinticinco años, regresó a los Estados Unidos para ser profesor en Berkeley. Oppenheimer era, al mismo tiempo que científico, humanista: lector de filosofía, de tratados de ética y moral, de literatura general. En 1934 fue el descubridor del «efecto Oppenheimer-Philps» (la disociación del núcleo del isótopo del hidrógeno de que se compone el agua pesada en un protón y en un neutrón, en un campo nuclear). Toda su ciencia se dedicó, desde entonces, a las investigaciones nucleares.

«Hemos conocido el pecado»

Por lo tanto, cuando Roosevelt decidió dar un interés militar a las investigaciones atómicas, Oppenheimer fue encargado de dirigir la fábrica de Los Alamos, donde se llegaría a producir la primera bomba, y donde se experimentaría por primera vez.

EL CASO OPPENHEIMER

El día en que ocurrió la primera bomba experimental, alguien le oyó murmurar estas palabras: «Siembro la muerte y destruyo el mundo». Le preguntó qué quería decir, y explicó que eran versos de un poema hindú. Esta conversación figuraría en las actas de acusación. Poco después, Oppenheimer presentaría su dimisión. Las palabras que iba pronunciando, alguien, algunos, las recogían cuidadosamente. «Yo no quiero ser un fabricante de armas», dijo Oppenheimer. Cuando estalló la bomba de Hiroshima: «Es un día muy triste para nosotros. ¿Habremos entregado dinamita a las manos de unos niños?». Y dijo: «En Alamogordo —el desierto de Nuevo México donde se experimentó la bomba—, los sabios han conocido el pecado por primera vez. Y de ese conocimiento no se liberarán jamás...».

No se conformó con frases. Trató de desencadenar una campaña para la prohibición mundial de la bomba atómica. Un arma «de agresión, de sorpresa y de terror». Algo que fue especialmente señalado por sus acusadores: Oppenheimer pretendía que los Estados Unidos no conservaran el secreto de la bomba atómica. Pensaba que el monopolio de un arma como ésta no beneficiaba a la Humanidad, y que los científicos debían servir a la Humanidad en general. «El secreto es algo contrario a la ciencia; la hiere en sus propias raíces y la hace ser lo contrario de lo que debe ser». Cualquier descubrimiento en cualquier campo científico debería ser comunicado inmediatamente, para que el mundo se beneficiara de él. Los grandes adelantos nacen de la colaboración de todos, y no pueden ser fruto de un laboratorio secreto (otros sabios han compartido y comparten esta idea).

Cuando se inició la creación de la bomba de hidrógeno, que debía multiplicar los efectos de la atómica (la bomba atómica actúa solamente como disparador en el interior de la bomba de hidrógeno), Oppenheimer se dirigió a Truman: «Vamos a desencadenar una carrera de armamentos atómicos que pondrá en peligro a la Humanidad entera. ¡Esto no es una solución!». Se dice que Oppenheimer tuvo una entrevista con Truman en la que literalmente lloró suplicándole que no continuara adelante. No fue escuchado.

Sentimental y sospechoso

Con todo ello, Oppenheimer comenzó primero a ser un personaje ridículo, sentimental y absurdo a los ojos de quienes les parecía que toda blandura es vana y que sólo la fuerza puede regular las relaciones mundiales. Más tarde, ese ridículo se convirtió en un pasado, en un personaje molesto. Se le acusaba de histeria. Se decía que lo único que tenía era miedo. Y, finalmente, pasó a ser sospechoso.

Ocurrió en el momento grande de McCarthy, que buscaba sospechosos por todo el país. Comenzó a investigarse la biografía de Oppenheimer con una lupa deformada. ¿Podía ser comunista? Se encontró que su padre había tenido simpatías por comunistas. Resultó que había tenido amistad con combatientes voluntarios de la guerra de España, de la Brigada Abraham Lincoln, todos los cuales podían ser considerados como comunistas, aunque no lo fueran. Su mujer había sido comunista; el hecho de que hubiese abandonado el partido años antes no podía considerarse como válido, porque un comunista lo es para siempre... Y, más aún, había tenido una amante, más o menos ocasional, que también fue comunista. La verdad es que todos estos datos se sabían, que algunos de ellos los había comunicado el propio Oppenheimer cuando se hizo cargo de Los Alamos y fue objeto de una minuciosa investigación por parte del FBI.

Incluso había dado una prueba de anticomunismo que durante mucho tiempo ha pesado sobre él desde el otro punto de vista, el de la

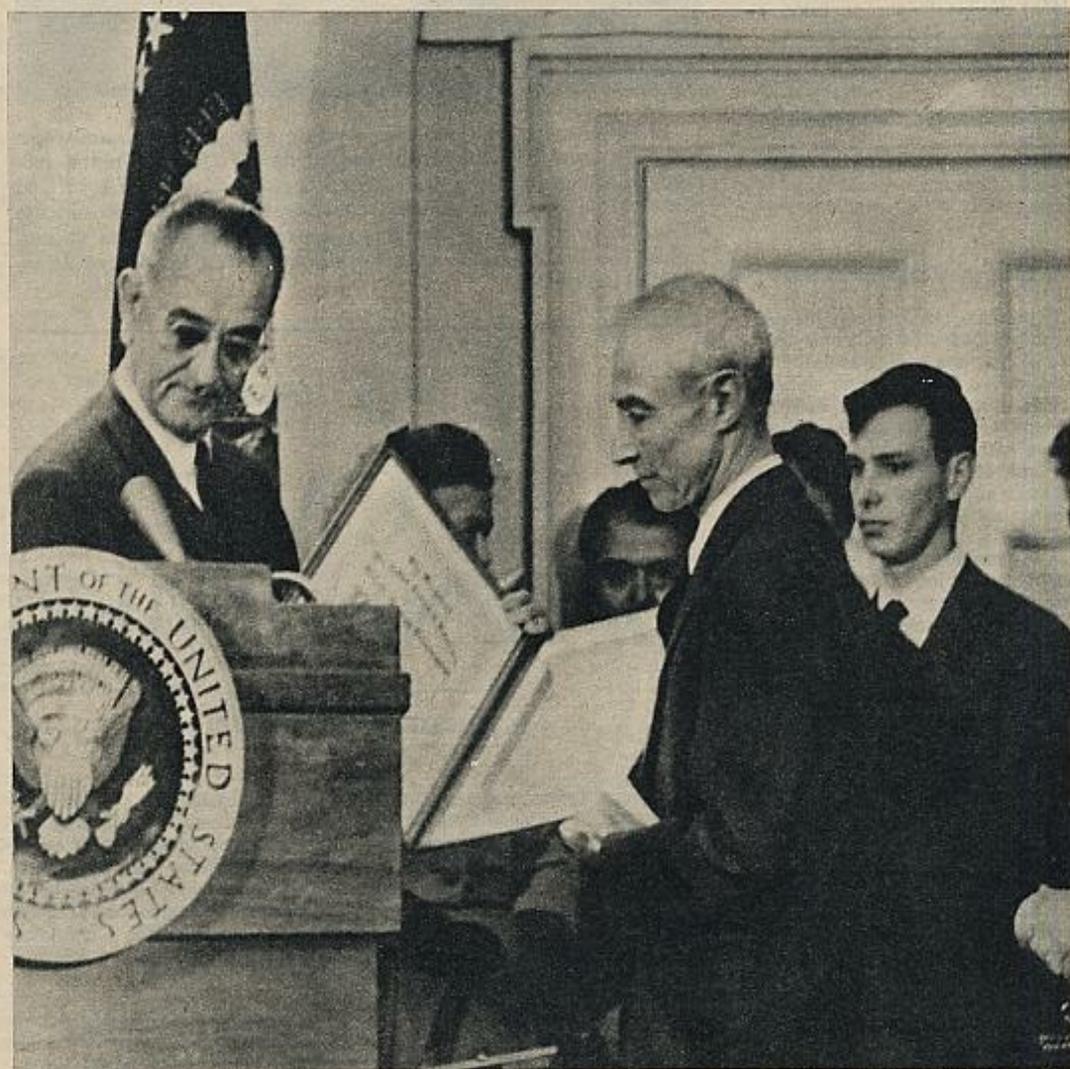
izquierda: el llamado «affaire Chevalier». En 1943, otro sabio atómico, Haaton Chevalier, conversando con Oppenheimer, le comunicó que una tercera persona, un llamado Eltenton, había dicho que conocía una vía para comunicar secretos a los soviéticos. «Eso es una traición», dijo Oppenheimer. La conversación no pasó de ahí. Pero seis meses después, Oppenheimer pudo sospechar que algunos secretos podían ser copiados de los laboratorios secretos, y comunicó a un oficial de Seguridad esta sospecha. Y añadió: «Convendría que vigilasen a Eltenton». Esas palabras produjeron un amplio movimiento de investigación. Oppenheimer fue interrogado incansablemente, y finalmente explicó de qué persona le venían las sospechas sobre Eltenton: del profesor Chevalier. Había insistido en que ese nombre sólo se lo comunicaría al general Groves, jefe militar de Los Alamos, el cual lo traspasó inmediatamente a la Policía. La conversación Oppenheimer-Chevalier se transformó inmediatamente en una supuesta «proposición de Chevalier a Oppenheimer para que éste comunicase secretos a

los soviéticos». Chevalier estaba perdido.

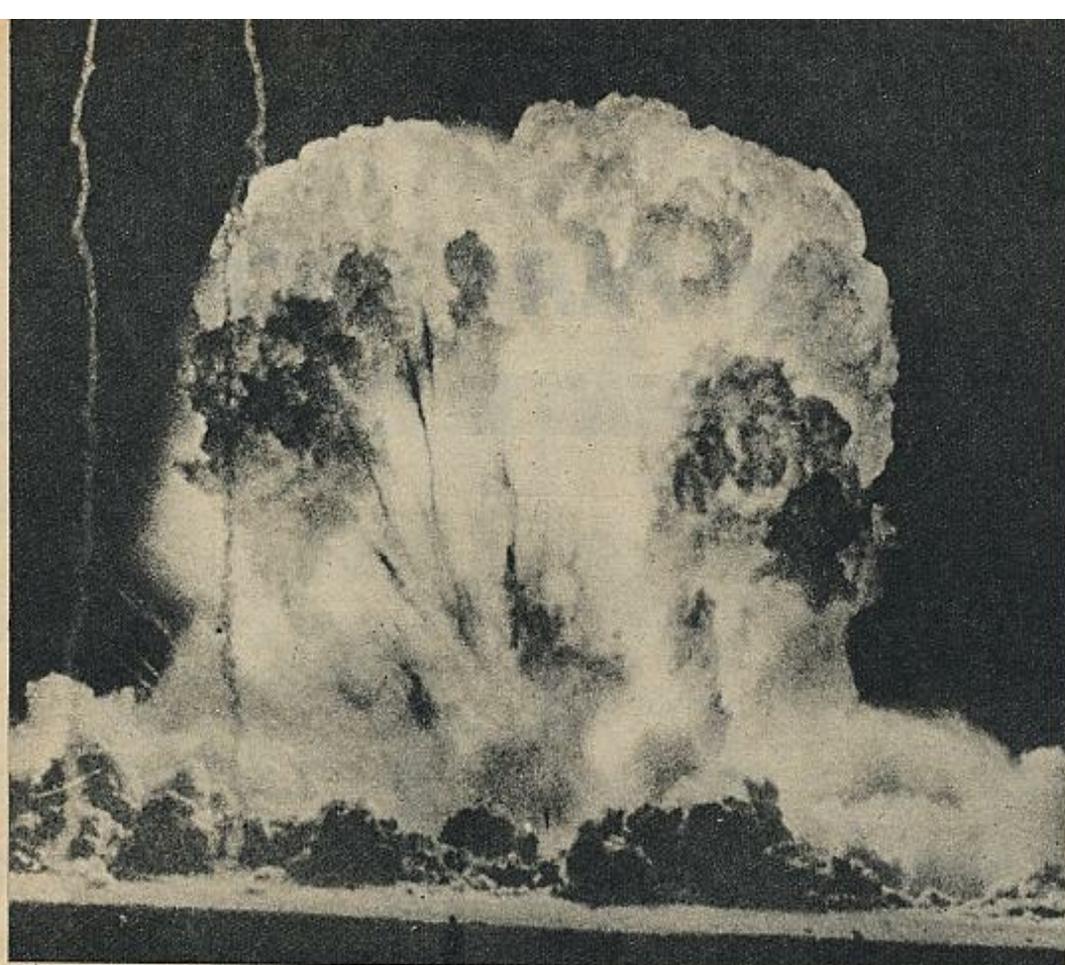
Pero incluso esa denuncia fue convertida en acusación contra Oppenheimer. Se sospechó —cuando se convirtió en sospechoso— que la había hecho para protegerse a sí mismo y desviar las investigaciones hacia personajes sin importancia. Y su reticencia a dar nombres, al deseo de proteger comunistas...

El muro y el proceso

Con estos datos y con ese clima, Edgar Hoover —jefe del FBI— constituyó un «dossier» impresionante, por orden de McCarthy. Se le pasó al Presidente Eisenhower, y éste, en diciembre de 1953, ordenó que se alzase «un muro entre el doctor Oppenheimer y las informaciones secretas». Orden totalmente estúpida, porque las «informaciones secretas» eran los mismos datos producidos por Oppenheimer. Esa orden era, al mismo tiempo, la licencia para que se constituyera un comité especial de investigación y juzgase a Oppenheimer.



El 2 de diciembre de 1963, Johnson entregó el Premio Fermi a Oppenheimer. En esa fecha, los ideales de Oppenheimer, prohibición del arma nuclear, reducción de los experimentos, etcétera, eran ya oficiales.



«En Alamogordo, los sabios han conocido el pecado por primera vez».

Las sesiones comenzaron el 12 de abril de 1954 (*). Desfilaron testigos que habían oído briznas de conversación, sabios atómicos (uno de ellos, Edward Teller, fue el principal enemigo de Oppenheimer y heredó su título de «padre de la bomba atómica»), delatores, antiguos comunistas, amigos de Oppenheimer, periodistas... Interrogatorios, lecturas de documentos, declaraciones de Oppenheimer, exposiciones de acusadores y defensores, duraron un mes, hasta el 14 de mayo. La misma forma que se dio a la sentencia indicaba ya que la culpabilidad de Oppenheimer no existía, pero que, sin embargo, se le reconocía...

Uno de los tres miembros del Tribunal, Ward V. Evans, concluyó que Oppenheimer era «completamente leal» y que sus relaciones con los comunistas se remontaban a un período muy lejano y muy anterior «a los grandes méritos contraídos por él en favor de los Estados Unidos». «No veo que su persona suponga peligro alguno para la seguridad nacional». Los otros dos, Gordon Gray y Thomas A. Morgan, firmaron solos la sentencia condenatoria, pero uno de ellos, Gordon Gray, añadió de su propia mano a la sentencia estas palabras: «Creo sinceramente que nos hubiese sido posible llegar a diferentes conclusiones si se nos hubiera

permitido juzgar al profesor Oppenheimer al margen de las rígidas normas y el inflexible criterio impuestos al Comité de Investigación».

La sentencia decía: «Hemos llegado a la conclusión de que la actitud negativa del profesor Oppenheimer con respecto a la bomba de hidrógeno ha sido determinada por graves escrúpulos morales, y que esta actitud suya ha ejercido una influencia negativa sobre otros científicos». «Se ha comprobado que su actividad conducente a impedir la fabricación de la bomba de hidrógeno mediante acuerdos internacionales y su petición de garantía de no utilizar nunca los primeros la bomba de hidrógeno demuestran una lamentable falta de confianza en el Gobierno de los Estados Unidos». Quedaba, por lo tanto, separado de toda investigación que pudiera relacionarse con la defensa nacional. Lo cual implicaba una desconfianza en todos los niveles hacia la figura de Oppenheimer, que se veía así privado de la posibilidad de la enseñanza, del acceso a laboratorios...

La cena de Kennedy

Oppenheimer se convirtió en una representación del científico moralista y ético; se paseó por el mundo dando conferencias y publicando libros en ese sentido. Y poco después desaparecería McCarthy, y los Estados Unidos comenzaban lentamente una cierta recuperación de sus antiguas esencias democráticas. Comenzó a hablarse de

Oppenheimer como de una víctima, y de todos los que habían sido como él sancionados (desde las penas de muerte de los Rosenberg a los encarcelamientos y exilios de directores de cine y escritores...), como graves pérdidas para los Estados Unidos. Empezó a sentirse el ambiente para su rehabilitación.

En abril de 1962, el Presidente Kennedy dio una cena a los Premios Nobel de los Estados Unidos en la Casa Blanca; invitó a Oppenheimer, y éste asistió. Fue un primer paso. El segundo y definitivo fue la concesión del Premio Enrico Fermi. El Premio Fermi había sido creado precisamente por la Comisión de Energía Atómica, que había condenado a Oppenheimer, y en el mismo año en que se pronunció la condena, para premiar «méritos excepcionales en el desarrollo, uso y control de la energía atómica». Debía entregarse el 2 de diciembre de cada año, aniversario de la primera reacción controlada en cadena, que realizó el italiano Enrico Fermi, en Chicago. Y el 2 de diciembre de 1963, el Presidente Johnson entregó los cincuenta mil dólares a Oppenheimer. En esa fecha, los ideales de Oppenheimer eran ya oficiales: la prohibición del arma nuclear, la reducción de los ensayos y experimentos, los acuerdos de no proliferación...

Pero Oppenheimer había visto ya su vida destrozada. Y quién sabe lo que la ciencia mundial ha perdido con la interrupción de sus trabajos y con la aportación del átomo a usos pacíficos que él deseaba. ■ J. A.

mamá. no mamá.

(Predictor, si quiere saberlo)

Para la futura vida del bebé, es de vital importancia conocer, cuanto antes, si está embarazada o no. Científicamente se ha demostrado que las primeras semanas son cruciales para la vida del pequeño.

Al 9.º día de retraso menstrual, Predictor ya resulta eficaz, con una precisión igual al análisis realizado por un laboratorio.

Usted será la primera en saber si será mamá o no, en la intimidad de su hogar.

Con toda discreción, en su casa, por la mañana cuando se levante, y con 3 gotas de su primera orina, usted misma hará su propio test de embarazo. ¡Y después de 2 horas ya sabrá el resultado! Ha llegado el momento de visitar a su médico.

La experiencia internacional de Predictor (Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, Alemania, etc.) garantiza un pronóstico fácil de realizar, rápido y seguro.


Predictor®



Sencillo y digno
de confianza

Sólo de venta en farmacias

(*) Las sesiones del proceso a Oppenheimer y el relato de su vida están recogidos en forma de obra teatral por Helner Kipphardt, obra publicada en España, en traducción del alemán de Adolfo Lozano Berry, en la colección «Voz e Imagen», de la Editorial Aymá, Barcelona, 1966.